

Poemas

Casi centenario, ha muerto en Buenos Aires, Ricardo Molinari (1898-1996). Era, con certeza, el más viejo de los poetas de nuestra lengua. Había nacido el mismo año que García Lorca, Aleixandre, Dámaso Alonso y Rosa Chacel. Y la coincidencia cronológica, en este caso, no es azarosa, pues la obra de Molinari integra fácilmente la familia del Veintisiete español, ampliada a la del grupo mexicano de los Contemporáneos.

Cuando inició su carrera, en el emblemático año de 1927, publicando El imaginero, la poesía argentina se dispersaba por caminos variados. La vanguardia insistía en el verso libre y la devoción metafórica del joven Borges, el joven Marechal, Eduardo González Lanuza y Brandán Caraffa, ensanchando la senda abierta por Oliverio Girondo. Raúl González Tuñón y Nicolás Olivari optaban por el realismo y la observación social. Carlos de la Púa y Celedonio Flores escribían en lunfardo, como Lisandro Galtier lo haría en francés.

Otro grupo de poetas, entre los cuales se alineó Molinari, prefirió recostarse en las viejas formas castellanas: el soneto, la canción, la lira, el romance, la cuaderna vía. Y así Francisco Luis Bernárdez, Horacio Rega Molina, Augusto González Castro, Luis Cané, Roberto Ledesma y quien hoy recordamos. Volviendo de sus apuestas vanguardistas, el segundo Borges y el segundo Marechal tomarán en cuenta esta opción.

Una forma privilegió Molinari: la canción (venga a cuento su Cancionero del Príncipe de Vergara). La canción que revalorizaron Lorca, Alberti, Dámaso Alonso y, en México, el inicial José Gorostiza de Canciones para cantar en las barcas. La canción es, en efecto, el lugar donde resulta más viable encontrar la prosodia poética de una lengua. Molinari recorrió con atención y sin falsos arcaísmos los viejos cancioneros castellanos y portugueses, en ocasiones satisfaciendo también su doble pasión de bibliófilo y bibliotecario. Halló en tales colecciones la raíz de muchos romances, cifras, cielitos, milongas (como las que recuperó el viejo Borges en Para las seis cuerdas) repetidos, borroneados y corregidos en las anónimas tierras americanas. Aun cuando abordó el soneto o el versículo de amplio desarrollo, lo hizo con el oído puesto en la sono-

ridad cándida de los cancioneros, en las orillas del Siglo de Oro, más que en el obligado neobarroco de aquellos años gongorinos.

Hombre de vida recoleta y poco dado a las celebraciones públicas, fue mostrando sus libros, en ediciones preciosas, minoritarias y aún privadas, durante un medio siglo que llega a La cornisa (1977), a través de títulos como Hostería de la rosa y el clavel, Días donde toda la tarde es un pájaro, Un día, el tiempo y las nubes, La hoguera transparente. En 1973 reunió sus trabajos en Las sombras del pájaro tostado.

Sus paisajes intemporales, sus figuras entresoñadas y su elegante elocución lo hicieron referente de la poesía intimista, perfilada y de sensibilidad neorromántica, en las décadas del cuarenta y el cincuenta. Corrientes posteriores lo respetaron sin considerar su ejemplo. Se impone, pues, una revisión. En la sucesión de recuperaciones que parece dominar el panorama poético actual, quizá su buen decir y su estrictez de vocabulario hallen un lugar insospechado.

En los años de preguerra, sus amigos españoles Lorca, Alberti y José María de Cossío lo leyeron y lo hicieron leer a los más jóvenes. Sin embargo, hoy, su obra no excede el conocimiento de los especialistas. Nuestra revista ofrece una brevísima selección de sus poemas, como homenaje a su memoria y como incitación a su lectura.

[Al riguroso mar de tu sueño...]

Mui triste andades e non sei eu.

Al riguroso mar de tu sueño, oh cielo
oscuro, ya estoy entregado. Mi sed
desnuda, desvanecida,
se apoya en tu sueño. Tu sueño
que es como la sed del día.

Cielo oscuro. Montaña. El mar
orgullosa. La sombra que se queda con mi único
día entre las piedras.

Al amor se vuelve igual que a un jardín. La juncia
que espera sin olvido, y la carne
que se entristece de miedo.
El mar, el mar. La soledad angustiada.

Así, perdida en el sueño,
te goza mi deseo. Lo más fino

del alma, callado, vuelve
hacia ti
como la noche sobre la tarde.

Soledad. Sobre tu sueño, sobre el mío perenne,
este desesperado día,
repartido entre las montañas. Nunca.

Marvão. Frontera de Portugal, 26 de enero de 1933.

[Quisiera que me dejaran...]

Quisiera que dejaran como a un ángel perdido, en el
desierto;
que me olviden así, abrazado y solo, volviendo a una llama
seca;
regresando sin temor a la otra noche,
olvidado.

Cuando se nace para vivir en la tierra, bajo un cielo de
vientre de ballena,
la soledad del hombre muerto
quiere salir de la soledad,
hacia toda la inocencia, desterrado.

Cuando me veas devuelto al olvido, abandonado,
ya no me hallarás las flores sobre el ciego hombro,
ni el río melancólico donde mojabas tu cuello
de helecho secado en un jarro.

Arriba está el otro viento. No me digas nada;
hoy tengo la lengua oscura, y el sentimiento,
impenetrable, aborrecido.

El Sur es un llano lento, que nadie entiende,
donde a veces llora una cabeza de caballo
el aire desesperado. Donde mi corazón sale por la tierra
a buscar aliento.

Oda

¡Quién viene por la tarde tañendo su laúd sobre las nubes,
como dentro de su morada!

¡Quién lo tañe, que vuelve las hojas de los árboles!

He llenado mi corazón con las sombras de las palabras;
con el sueño de algunas voces.

Y sueñan en mí, sin consuelo, desprendidas: tú, nadie, mañana,
espacio, soledad, ternura, aire, vacío, ola,

y nunca. Con ellas entretengo mi ser, la angustia del cielo
y la soledad durísima

de la sangre.

Lavo mi boca con sus ausencias y me llamo de día y de noche,
y las pongo sobre mi cabeza, descubiertas, para nombrarlas
al olvido,

delante y debajo del cenit
de las llanuras.

Sus dioses y cuerpos he asentado entre mis labios para siempre,
enaltecidos;

delante de mí soportan el aire, ay, y la impenetrable altura
de la muerte;

nadie las ve como no se ve el hálito que las muda y las
gobierna duramente.

(Los ángeles andan por el espacio derramados; unos llevan
fascas de trigo, otros escogen amapolas rojas,
y los demás traen simientes a unos pájaros entre los desnudos
árboles.

Nadie los ve; a mí me seca la garganta la luz que esparcen
sus antiguas vestiduras.

Los miro llevar la cabeza sin que les lastime el aire, y
desaparecer rápidos, bañados de claridad ante el furor de
la noche.

Ya estoy acostumbrado a verlos, dentro de mí, igual que en
días cuyo humo se ha disipado
y cuyos reinos tendidos debajo de las cenizas
esperan sin desesperación las azucenas).

Quisiera sacar de mí mismo la alegría; abrir los ojos,
inmensamente, que me duelan,
y mirar, mirar el horizonte hasta detrás del vacío de la
nostalgia, donde mi sombra,
como un árbol, cambia las hojas con el invierno.

¡Amor, tiempo perdido!

El exiliado

Somewhere among the clouds above.

W. B. Yeats

I

Estoy cantando, y cantando me oyes. Estoy cantando y reposas
tus manos en las mías. ¡Y estaré cantando!

Corren las abiertas nubes sobre la suspirante planicie del verano
y levanto mis altos y cerrados cabellos en el viento claro de la
tarde, cerca de la absoluta y penetrante noche.

Detenido, miro mis inmóviles días separados —en el estío—
y la sombra de mis oscuros ojos caer en tus manos,
intensa y sostenida.

Frente al verano y en la luz despiadada entro por mí, a las
suaves ausencias, al pensamiento,
y por la sed fresca del corazón
a quererte. ¡A las ciegas y felices palabras errantes!

En este tiempo que llaman verano, hermosamente, en la niñez
perdido, veía pasar las grandes nubes con los pájaros y los
ángeles,
ya en el vago sopor de estar vivo y melancólico, separado,
y unos muertos volver y salir radiantes en el lucimiento
ardentísimo del aire. ¡Oh días, tomad, tomad de mí, el
corazón todavía!

Aún rompe en su árbol solo un pájaro
y mi enemigo no ha muerto, ni palidecido,
y estoy cantando en el viento dulcísimo,
apretados los anhelantes labios y descubierto. ¡No, no olvidaré,
y reclamando he de sentir envejecer mis manos y huir las luces
desiertas de mis ojos,
y desatado el recuerdo de mis amigos!

Ofrecido entrego al tiempo estas deshechas voces,
el estar cantando, cerrado e impenetrable, casto y tierno como
el sueño,

entre las hojas salidas de mi pecho y en los ramos quietos de la
 mente. ¡Cantar, morir, y llamando y llamando, en tanto el
 viento
 mueve al céfiro,
 y la penumbra devora la luz abrasada del verano!

Y estoy cantando debajo del cielo, donde la vista busca su
 infinitud y espacio ansiosos,
 en que la tristeza y el odio mueren; en estas llanadas,
 ¡ay!, donde mi corazón igual a una flor debajo de la llovizna rinde
 a Dios su misterioso y alegre
 desasimiento.

¡Esta tarde del verano!

1

Te abres para mí —clara—, adolescente,
 en el nacer del día en que me llevas,
 entretenido, ciego y solo, a nuevas
 penas; al alto y suave cielo ausente.

Y detengo en ti el rostro, la viviente
 sombra —aún sorprendida— que en ti elevas
 levantada e innúmera a otras pruebas,
 al desvelo encendido y diferente.

Y sube en tus suspiros estos ojos,
 la lengua que te canta delicada
 y húmeda, sin sosiego, y peregrina.

Toma, desnudo tiempo, estos manojos
 en sus cabellos —y este día en nada—
 donde el ¡ay! de mi frente se reclina.

2

Alegre y dulce, estrecho y espacioso,
 vuelvo mi boca a tu garganta, puro,
 lejano y desprendido y ya seguro
 en el aire presente y sin reposo.

Y preso en mí, comienzo codicioso
la lumbre que te envuelve ágil, y oscuro,
¡ah! despierto y ternísimo procuro
esperando la vida, el mar hermoso.

Prende la imagen de mis labios, cielo,
la raíz suelta, incomparable y sola,
la otra dicha perdida y contemplada.

Coge de mí este viento entre mi pelo,
esta cansada niebla de amapola.
¡Amor, amor! Amor de flor amada.

3

Desceñido y feliz, sutil y leve,
agita a la hoja el aire, el ramo bello,
y memorable y lúcido y en ello
vuela el día sus vientos, quieto y breve.

Los deseados e iguales sueños mueve
con el más duro y cálido destello,
y en la aurora contigo de mi cuello,
en que el olvido solitario bebe.

¡Adiós, tiempo, ventura vana y plena,
temporada inasible y transparente,
fugaz dominio abandonado y llano!

Y vuelves, sólo tú retornas, llena
noche, rosa alumbrada oscuramente.
¡Sí, infinita rama del verano!

II

Memorare

Llega por mí, noche ligera,
y vela mi corona atada,
el prendido tallo apretado.
Sola vienes contigo, envuelta

la blanda frente con las nubes
y los abiertos ojos fríos,
ya en las hambrientas penas
detenidos.

Desnuda bajas hacia el día
en la templada claridad,
y suelta y sola y descendida,
remontas las fugaces flores
y la desesperada dicha
de ser en nada. ¡Memorable,
ah, noche, de la ausencia naces,
ofrecida!

Como una alondra voladora
vienes rompiendo la luz leve
del adiós. ¡Sólo el viento entiende
esta impenetrable nostalgia!
El sabor quieto y vacilante
de las hojas sobre la tarde,
en la florida fuente
de su pelo.

Entra en mí y para mí reluce,
distante, hermosa y distraída,
como una hierba y reflejada
en el agua
con mi escondido corazón
solitario.

¡Sí, dulce noche levantada!

Ricardo Molinari